na de polvo bajaron á una cueva llena de maderos cruzados en distintas direcciones y que al escultor le hizo el efecto de la bodega de un buque. En aquel sótano obscuro, lleno de postes, de gauchos y cabrias donde apenas se veía, le parecía hallarse como en una sima húmeda. Para Charrière era un mundo nuevo, sin nada de la vida real, una especie de *pandemonium* negro con los olores de una cueva.

—Pronto soy con vos—le había dicho Brecheux;—es preciso que examine todo este *tinglado*..... ¡Necesito examinarlo todo! ¡Qué oficio!.... Seguid bajando.

Charrière descendió solo y de pronto en aquel fondo sucio y húmedo; en aquella semiobscuridad distinguió á Lucy Vaughan medio vestida con su traje verde, brillante, aprisionada entre aquellos postes grises, como una mosca de tornasolados colores presa en una tela de araña. El escultor experimentó en grado extremo aquella emoción profunda de enamorado loco, que le trastornaba cuando la inglesa le dirigía su fría mirada. Se aproximó á ella, contando al menos que se sorprendería de aquella aparición en tal sitio; pero sólo obtuvo una sonrisa casi desdeñosa al percibirlo, mientras que con su voz británica que ya iba tomando el acento parisién, le decía:

—¡Ah! ¿sois vos? ¡Toma!.... ¿Hasta aquí?

Aquel «hasta aquí» le hizo el efecto de una puñalada. En aquellas dos simples palabras había un reproche, un hastío, un bostezo de aburrimiento incomparable.

—Quería veros..... quería deciros.....

—Sí, la frase de siempre: *¡Ilove you!* ¡Sois muy gracioso, muy gracioso, Charrière! *¡Thonk you!*

Con aquel traje ligero estaba soberbia; por entre la seda se veían las blancas carnes de su pecho, su brazo divinamente modelado, sus redondeadas piernas; calzaba botinas altas en las que cada botón era una esmeralda soportando aquel arrogante cuerpo, que medio al desnudo, en el traje de *hada de las aguas*, iba á servir dentro de poco de pasto á la bestial admiración de una multitud. En la garganta, en las orejas y en el cabello de la inglesa despedían un brillo deslumbrador el sinnúmero de diamantes que la adornaban. Llevaba guantes de piel verde, de diez y ocho botones, y entre sus manos sostenía una varilla de caña. La hermosa figura de aquella joven que debía subir por la trampa, tenía así como cierto aspecto amenazador. Su cabellera suelta caía flotante por la espalda. Una expresión de orgullo animaba aquella estatua conocedora de su invencible belleza, y Charrière estaba loco contemplando aquellos grandes y límpidos ojos, aquella boca fresca y pequeña, aquellos cabellos que había acariciado entre sus dedos, aquella mujer escultural que le miraba dulcemente, ensayando en aquel sér dominado la seducción que luego iba á ejercer sobre todo un público.

Débil y cobarde bajo la fascinación poderosa de la inglesa, Francisco, en tono suplicante, le preguntaba por qué huía de él, por qué olvidaba el camino de aquel estudio en el que con ella parecían entrar al mismo tiempo la luz y la alegría. Lucy se reía.—Ponerse de modelo era muy fastidioso.—Y luego que la famosa estatua no adelan-

taba nada. No le gustaban, decía, ni las pasiones que duraban demasiado ni las estatuas demasiado lentas. Y continuaba sonriendo dulcemente, dejando ver su fría languidez.

—Iré al estudio—decía—si queréis prometerme hacer mi estatua, para mí, de plata maciza.....

La fina y delicada risa de la inglesa se tornaba seca y burlona.

A Charrière le asaltaba la indignación y la cólera.

—¿De modo que ya no iréis?

—¿Quién os ha dicho tal cosa? ¡Ya veré! ¡Tengo tan poco tiempo!

Y continuaba riendo.

—¡Ahora soy una artista! *Darling*.

Una voz venida de lo alto interrumpió á Lucy Vaughan. El maquinista, desatando la cuerda que había sujeta á un poste, estaba pronto para hacer subir la trampa, sobre la cual, en un sitio señalado con tiza, la inglesa se colocó erguida y firme como un soldado recibiendo una orden.

Charrière meditaba en la esclavitud á que se prestan esas muchachas del teatro por aparecer, por brillar, por seducir delante del público, esperando ver realizados sus sueños de oro.

El maquinista, dejando correr de pronto la cuerda que sostenía la trampa, gritó á Charrière:—«¡Retiráos!»—Puesta de pie, soberbia y deslumbrando con su belleza, Lucy subió lentamente hacia el escenario como en una apoteosis. Por la abertura del suelo del escenario, Charrière percibió la luz en la cual se destacaba la viva silueta verde y blanca, la seda y la carne de Lucy como

rodeada de una roja aureola. Luego, al llegar arriba la trampa y quedar al nivel del suelo, todo había desaparecido. Sólo le quedaba á Francisco la visión desaparecida y ese velo que queda en la vista después de haber sufrido la impresión de una luz muy viva. Entonces, mientras los operarios seguían manejando la maquinaria, Charrière, ávido de soledad, continuó andando hacia dentro de aquel subterráneo, oyendo por encima de su cabeza una música alegre y retozona que parecía burlarse de sus amarguras y que acompañaba los couplets cantados por el *hada de las aguas*, Lucy Vaughan, con un acento inglés marcado que hacía reir y que en aquella criatura, prodigiosamente hermosa, resultaba muy gracioso.

Charrière sentía una angustia algún tanto voluptuosa, meditando que en muchas cosas de la vida ocurre lo que en aquel momento pasaba. Por encima de la obscuridad, del silencio, de la humedad penetrante, reinaba la luz, la alegría, la música bailable excitando los nerviosos apetitos y la trepidación de la bacanal.

En aquel momento un pensamiento raro, trágicamente picaresco, agitaba los labios del escultor, dibujándose una sonrisa desafiadora en su barba rubia en otro tiempo y que ya iba encaneciendo.

Brecheux, que venía sofocado y limpiándose el sudor de su frente, le dijo:

—Supongo que no vais á seguir aquí, mientras dure la representación, en el *último foso*.

—Sí, estaré en él mucho más tiempo del que pensáis—replicó Charrière riendo nerviosamente.—Probablemente toda mi vida. Yo y muchos

otros. *El último foso* es el distrito subterráneo de París y el más poblado de todos: una cosa parecida á las catacumbas de los griegos, pero el que yo hé de ocupar, señor Brecheux, es todavía más negro que este vuestro.

Y añadió, mostrando á Justo los travesaños y las vigas, y señalando el sitio por donde se oía la orquesta invisible para ellos:

—¡Sería muy gracioso ahorcarse aquí cualquier noche con música!

Pero á pesar de lo atormentado que estaba por aquella pasión ardiente, invencible, y por el recuerdo de aquella mujer, Charrière no pudo menos de temblar al ver la animada expresión que repentinamente adquirió el rostro de Brecheux. El escultor hablaba de ahorcarse..... Una tentación feroz encendió la mirada del pobre hombre, y en voz baja, mirando cara á cara á Charrière:

—Ya he pensado yo en ello—dijo sencillamente.

Al oir esto, el escultor entrevió en el desesperado broncista todo un mundo de dolores ocultos, de inquietudes siniestras, un terrible abatimiento, como una agonía sin ruído, y se llevó consigo á Brecheux, arrastrándolo de aquel sitio y diciéndole, sin fijarse en sus propias palabras:

—¡Vaya, vaya! ¡Los millonarios no se matan nunca! Y vos vais á ganar un dineral con el busto de Lucy Vaughan.

El escultor abandonó aquel foso con cierta alegría, respirando más fácilmente al oir al pobre Brecheux que á cada escalera que subían le preguntaba:

—¿De modo que vos creéis que esto saldrá adelante? Por mi parte os confieso que así lo espero. Solamente que, ya sabéis, uno se equivoca muchas veces. En fin, puesto que quieren magia, tendrán magia. ¡Pero, gran Dios, los trajes, las decoraciones, la música, todo cuesta tan caro!

Hacía mucho tiempo que Justo Brecheux no conocía el sueño tranquilo de otra época. El peso y la responsabilidad de aquel teatro le abrumaban. ¡Y aquel desgraciado Dutilleul, que estaba perdido, sin recursos! Maquinalmente luchaba como un ahogado; pero si Brecheux no le salvaba, no había remedio: Dutilleul se iba á pique. ¡Con tal que aquella magia diese dinero! ¡A Brecheux le daban ganas de abrazar á Charrière! ¡Á aquel desesperado que le daba esperanzas!

La primera representación había estado bien, la prensa la juzgaba benévolamente. Encontraban la obra entretenida. Los trajes eran elegantes y las mujeres bonitas. «Tenemos *probabilidades*», decía Roblot. Pero el pobre Brecheux tenía un humor de los diablos: no era parisién. Él no *estaba en la cosa*, como decían los iniciados en estos negocios. No sabía visitar á los periodistas, concurrir á los restauranes de moda; su habilidad de comisionista de casa de comercio no tenía nada de aquella inteligencia especial, insinuante, fina y dispuesta á prescindir de preocupaciones y que el *argot* de estos tiempos ha descrito con una frase que pinta el siglo: el *negocio*. Se habían burlado mucho de él, se *habían hecho varias frases* á propósito de su ignorancia, de sus moldes de hoja de lata, de su tienda de zinc. El desgraciado *Teatro del Boulevard* no daba juego. Aconsejaron á Bre-

cheux que en las primeras representaciones añadiese dinero de su bolsillo al producto de la entrada para publicar luego la cantidad así aumentada en los periódicos. Vaciló. Pero el dinero le iba faltando ya. Dutilleul tragaba y tragaba..... ¡Y él, Brecheux, que había invertido tan confiado cuatro años, con objeto de aumentar los intereses y elevar la cifra de las rentas y del capital de Alejo, una gran parte de su fortuna en fondos turcos!..... ¡Sentía que se ahogaba cuando pensaba en todo lo que se le venía encima, en la quiebra, en su capital naufragado, en su nombre comprometido, en el porvenir de su hijo perdido!

Y trabajaba, minaba la tierra, pasaba las noches en claro, iba de su despacho á la contaduría, aumentaba el ingreso de la taquilla, viendo con espanto sobre él la contribución para la beneficencia, llevándole el diez por ciento del dinero que entraba en caja. Lo que había sucedido con el drama ocurrió con la magia. El *Teatro del Boulevard* murió al nacer. Los días pasaban y las angustias aumentaban en aquel desventurado Brecheux que veía con terror todo aquel personal de actores, músicos, maquinistas, á quienes debía pagarse el 5 de cada mes y á los cuales temía tener que despedir sin darles el dinero; él, que antes, en los buenos tiempos de la casa Brecheux, pagaba al día hasta el último céntimo.

Otro más audaz hubiese levantado la frente, desafiando á la muerte y encogiéndose de hombros. Brecheux, honrado, y temblando de miedo, no se atrevía ya á dar una orden; hablaba con amabilidad, se ocultaba, se encerraba en su cuarto,

y todos los días preguntaba á Alejo en voz baja:

—¡Y bien! ¿qué entrada hay?

—Setecientos francos.

—¡Para mil ochocientos de gastos, que importa el levantar el telón!.....

Y el pobre hombre se golpeaba la cabeza con las manos. Su cerebro hervía. Tenía desvanecimientos, insomnios y pesadillas. ¡La quiebra, el hundimiento! ¡La ruina! ¡Ah! ¡si él supiera moverse, embrollar, intrigar, saldría del apuro! Pero no se atrevía. Sabía trabajar, matarse de fatiga, pagar con su persona, desempeñar valientemente su oficio de obrero. Pero nada más. Y, sin embargo, esto le había bastado en la calle Gravilliers para hacer fortuna. ¡Cómo echaba de menos el infeliz su humilde tienda! ¡Qué daría por estar allí todavía con el delantal de tela y la herramienta en la mano! ¡Entónces cantaba! ¡Sabía de memoria todos los couplets que se oían por París! ¡Pero el teatro!..... ¡Ah! ¡el maldito teatro! Hubiera preferido desempeñar la tarea del presidiario en vez de aquel oficio *de gitano*, en el cual los asuntos no se tratan sino que se *chalanean*. No había mentido Charrière al decir que en aquella atmósfera extraña, enloquecedora del último foso, se podía morir sin temor de ser sorprendido, lejos del ruido, en la obscuridad.....

¡Morir él, aquel bonachón de Brecheux, y dejar á Alejo enfangado en aquella confusión de negocios! El pobre muchacho todavía sabría desenredarse menos que él. ¡Ah, qué desgracia! Haber sido acreditado comerciante, haber soñado en formar parte del Tribunal de Comercio, y verse ahora con

la cuerda al cuello, con la lúgubre fatalidad del balance! ¡Porque así estaba Brecheux, sin dinero, ni de donde sacarlo! ¡Siendo la mofa de sus antiguos parroquianos, que se reían de ver convertido en director al buen tendero! ¡Deudas por la parte de Dutilleul! ¡Deudas por el teatro! ¡Deudas por todas partes! El porvenir era siniestro. Un arruinado más.

Y nadie le compadecía. Cuanto más fiasco hacían sus representaciones, más se burlaban de él. Los periódicos se reían de sus *minas*, le creían millonario y encontraban graciosa aquella sangría que diariamente hacían en el bolsillo del buen hombre. Sólo los actores se apiadaban y le daban ánimos, sin atreverse á darle á entender que habían notado su azoramiento, sabiendo consolarle y diciéndole «que nadie hacía dinero, que la temporada era mala, que más tarde..... bastaba una obra..... nadie sabe..... el teatro es un juego.....» ¡Sí, un juego, pensaba Brecheux, y yo he perdido! ¡Imbécil, bestia, estúpido! ¿Acaso estos negocios están hechos para nosotros?

—Y si todavía hallase una mujer apropósito—decía Pepezat—tengo una idea: proponer á Brecheux que nos asociemos. ¡Apuesto á que yo le salvaría.

¿Salvarle? La cosa no tenía arreglo. Dutilleul se hundía. La casa Brecheux se venía abajo. ¡Pobre padre mío!—decía Justo.—¿Qué diría de esto el pobre viejo? Después de la casa de bronces, el teatro. Se cerró, sí, aquel *Teatro del Boulevard*, que meses antes había abierto sus puertas con tanto ruido. La obscuridad llenó de nuevo la sala

dorada. La sarga verde cubrió otra vez las butacas á manera de sudario. En los carteles desgarrados se veía aún anunciada irónicamente una obra nueva que no llegó á ponerse en escena por falta de fondos. Brecheux reunió á sus acreedores, les explicó, esforzándose para no llorar, que había hecho cuanto en su mano estaba, que en vano había luchado y que con el tiempo pagaría sus deudas. Él, tan buenamente orgulloso en los tiempos bonancibles, suplicaba y recibía en su casa las insolencias de proveedores que no hacía mucho le explotaban sin compasión. Contenía su cólera y sus lágrimas. Se ahogaba. Por fin llegaron á un acuerdo. Aquel viejo Brecheux trabajaría. A su edad todavía no había motivo para arrinconarse como cosa inútil. Entonces algo de siniestro y bufo ocurrió á su alrededor. Aquella turba de gentes que poco antes especulaban con su credulidad, con su ignorancia, con su estupidez, no podían comprender que un hombre honrado metiera toda su fortuna en aquel teatro como quien la arroja á un pozo. Le suponían un pillo que se había desprendido de su casa de comercio echando el muerto á su sucesor y que había formalizado el balance al mismo tiempo que Dutilleul, para encubrir la operación.

¡Que bien ha debido ponerse las botas el grueso Brecheux! Con su aire de patán, no hay un normando que le llegue á la suela del zapato. ¡Como ha sabido adoptar un aspecto conmovido á la vista de sus acreedores y arrancarles un convenio! Le creían un Macario con apariencias de Prudhomme. Con un hombre como aquel, se podían emprender negocios. Y pensando esto, de todos los sitios non

los sollozos.—Todos los que de tí se han reído, todos esos señoritos espirituales no son dignos de desatar los cordones de tus zapatos.

Y con la efusión de una desgracia consolada, acariciaba, besaba y mojaba con sus lágrimas la pálida cabeza de aquel muchacho que valerosamente, ridículo ayer, hoy sublime, quemaba su quimera á los pies de su padre, con santo ardor juvenil y entusiasmo por el trabajo, con el deseo de entregarse á él con afán y vencerlo todo.....

XIV.

Después de haber roto su ajuste, Elena se sentía libre, pero sin saber que hacer. Encontraba ya las puertas cerradas, no veía para ella ninguna colocación en París. La situación era difícil, todas las vías etaban obstruídas. Cada teatro tenía su *estrella*. París no guardaba, después de todo, muchas alegrías á la pobre actriz para que tuviera empeño de permanecer en él. Sólo pensaba ya en Saint-Ives, con el desagradable recuerdo de su falsedad; en Felipe con una especie de terror instintivo, como si le hubiera amado más de lo que quería decirle y aquel amor la diese miedo; en Enrique y en Genoveva con el vivo deseo de desaparecer, para dejar en paz á aquella mujer desconocida que era su madre. No aborrecía aquella fría soledad en que le dejaba la suerte. Tan sólo deseaba estar más lejos, y como perdida en otra cualquiera ciudad, separada de todo lo que á la vida de París se refería. Enfer-

ma además, sintiéndose extremadamente débil, con una fiebre continua y una tosecilla seca que la consumía, Elena sentía instintivamente la necesidad de irse donde disfrutara del sol, del aire libre, de una atmósfera más pura y vivificadora.

Estaba resuelta, y ya que en París todo se le ponía en contra, no vacilaba. Se marcharía. En provincias no faltaban teatros donde ganarse la vida; ya formado este propósito se presentó en una agencia de teatros, casa de comisión donde se encargan de colocar á toda clase de actores. Se fué á ver á un judío alemán que dirigía una *Gran agencia teatral*, de la cual le habían hablado, y que en sus prospectos indicaba las diversas especialidades á que se dedicaba: «*José Kriegelstein.—Contratos de artistas dramáticos, líricos, músicos y coreográficos.—Declamación, canto, lecciones; mise en scène.—Correspondencia con los directores de teatros, de conciertos y de casinos de los baños de mar, de sociedades filarmónicas y de orfeones.—Completo surtido de trajes de punto de primera calidad á precios moderados; trajes de punto de seda, trajes de punto de hilo de Escocia, imitando seda, blancos y color de carne; trajes de punto de algodón, desde* 3,50 *francos hasta* 15, *calidades superiores.*»

Kriegelstein conocía á Elena. Le prometió proporcionarla pronto un ajuste en condiciones excelentes. ¿Necesitaba Elena guardarropa? Él se lo facilitaría, pagando un tanto al mes, con un veinte por ciento de recargo. ¿Artículos de tocador? Kriegelstein vendía de todo esto. Era un bazar de cosas de teatro. Elena salía triste de aquella extraña oficina, en la que se confeccionaban los

contratos de tantos infelices pelafustanes, cuando en la escalera tropezó con el pequeño Duret que subía despacio y como abatido.

Al mirarla y reconocerla se sonrió. A Elena le pareció encontrarle muy pálido. Había motivo para ello.

¿De modo que la señorita Gervais no sabía nada?..... Tanto y tanto había hecho la madre Hard, gruñendo, lloriqueando, irritando al uno, llenando la cabeza de viento á la otra, que un día, sin poder sufrir más, se separaron brusca y tontamente, yéndose Claudina por un lado, á casa de su madre, y él por otro, solo completamente .... Lo más triste era que él no había dejado de amar á Claudina. Sí, á pesar de su miajilla de egoísmo y de su ligereza, de sus caprichos y de la debilidad que demostraba escuchando á la madre Hard, él la amaba. Y sin embargo, ¡cuántos reproches podía hacerle! ¡Cuántos disgustos le había ocasionado! ¿Cómo era que Elena ignoraba todo esto? Sabía sólo que Luis había estado enfermo, muy grave, después que se suspendió *Juana Michelin* y que poco había faltado para que se muriese de una fiebre tifoidea, tanto que una noche Claudina pidió á Brecheux que la reemplazasen en el teatro á fin de poder ir al lado de su marido, y Duret quedó contento de tenerla allí, y de poder mirarla cuando no tenía delirio. No notó que, mientras él se quedó adormecido, Claudina se había escapado, desaparecido con su madre, y encaramada allá en lo alto del teatro, donde no la viesen, se había puesto á escuchar para saber si la que la reemplazaba hasta que ella volviera á trabajar, era buena ó mala. Sí, sí, la celosa actriz aparecía acechando aun en medio de su inquietud de mujer. Y cuando Luis, que la había llamado al despertar de su sopor, viéndola volver, le dijo con tristeza.—¿Me has dejado solo? ¿de dónde vienes?—He querido ver, respondió, cómo la Anita hacía la gran escena del *tercero*. ¡Bien! ¿sabes? ella me iguala.—Había que convenir en que no era mala, no. Pero la afición á las tablas, la vanidad de la actriz la dominaba, mordía su corazón. ¡Qué más! y esto era peor, ¿no estaba celosa de Duret, de su marido, porque cantaba bien y alguna vez le aplaudían más que á ella, por más que la madre Hard dijese que tenía una voz *cascada?* ¿No era bien triste é injusto lo que le pasaba?

Luis refería todo esto sencillamente y en tono cansado. Quería dejar á París. Sus compañeros del *Teatro del Boulevard* hablaban de explotar por su cuenta aquel maldito teatro que acababa de cerrarse. Pero Luis tenía empeño en marcharse de París. Sus parientes se burlaban de él, repitiéndole:—¡Bien! ¿y tu Claudina? Buen casamiento, ¿eh? ¿Quieres que hablemos de él?—Temía encontrarla una noche del brazo de otro al pasar por el boulevard. No quería ver esto. Se iría..... Declamaría ó cantaría, según quisieran, en Carpentras ó en Bayona, lo más lejos posible.

A Elena le daba compasión aquel pobre muchacho, á quien había visto lleno de alegría en otro tiempo, en el Conservatorio, ganándose su premio. El rostro malicioso del pequeño Duret parecía abatido, enflaquecido, y ya viejo. Hasta parecía encorvado.

—¡Ah qué vida!—decía.—¿Y vos también venís á casa de Kriegelstein? ¿vos también queréis marcharos?..... Yo sé de alguno que se entristecería si volviese á la razón.

—¿Quién?—preguntó Elena.

Ella presentía una desgracia terrible. ¿Si recobrara la razón?..... ¿A quién se refería Duret?

—¿Cómo no sabéis nada? ¿No tenéis ninguna noticia?—dijo Luis.

—No, no sé nada.....

—Pues los periódicos.....

—¿Acaso leo yo periódicos?

Duret sacó del bolsillo un papel impreso y se lo presentó á la joven.

—Pues bien, ahí veréis los detalles.

—¡Detalles! ¿de qué?

—De Saint-Ives. Está loco.

—¡Loco!—exclamó Elena retrocediendo asustada y teniendo que apoyarse en el pasamanos de la escalera para no caer.

—¡Oh! cuando la señorita Verrier se empeña en alguna cosa, es un gusano de seda en la morera. Se ha vuelto loco durante la función, estando en escena..... Se le vió llevarse las manos á la cabeza..... así..... lanzando una carcajada. Al salir del acto aquel se vió que..... ¡paf!..... ¡no había remedio!..... ¡He aquí lo que es la razón, el talento..... todo!

—¡Saint-Ives!—murmuraba Elena.

¡Aquel Saint-Ives á quién ella había amado! ¡SaintIves, su fé y su admiración vivas! ¡Saint-Ives loco!

—Lo chocante es que alguna vez os llama, sí, á vos—dijo Luis al ver la palidez de Elena.—¡Oh! y si queréis ir á verle podéis atreveros, no es peligroso.....

El pobre Duret equivocaba el miedo de Elena. No era el terror la causa de su palidez, sino una profunda emoción que helaba su sangre y la dejaba sin fuerzas ¡Saint-Ives estaba loco! Aquella clara inteligencia, aquel talento elevado, aquella mirada penetrante, aquel viril encanto se sepultaba en aquella sima: ¡la locura! ¡Y la llamaba, preguntaba por ella! ¡Quizá sufría por el implacable silencio de Elena! Creía oir su último grito, el adiós lastimero y á la vez amenazador de aquel hombre. ¿Quién sabe? Tal vez ella podía salvarle. ¡Ella que le había entregado atado de pies y manos á Clotilde! ¿La debilidad de Saint-Ives merecía un castigo de aquella naturaleza?

Cuando se vió en la calle, Elena desdobló el periódico y buscó el nombre de Saint-Ives sin dar con él, hasta que al fin, fijándose en los pseudónimos de una crónica de París, le pareció descubrir la historia de aquella catástrofe. Allí se refería, en la primera plana del periódico, que un actor de raro talento, un seductor de princesas exóticas, había encontrado quien le esclavizara, en la persona de una bella artista de perfil árabe, cuyo retrato, según se decía, figuraría en la próxima exposición. «Esta encantadora y terrible mujer, como para hacer pagar á nuestros compatriotas las conquistas de Africa, se mostraba, decía el cronista, tan caprichosamente feroz en amor, como incomparable y apasionada en el teatro. Literalmente había jugado con el actor, de-

masiado cándido, lo mismo que el gato con el ratón.» Y el periodista hacía resaltar la extrañeza de esos amores de teatro en los que la ilusión es tanta, que aquellos seres acostumbrados á fingir todos los sentimientos, se dejan sin embargo, dominar por la pasión tan fácilmente como unos colegiales. «Por lo demás, esta es la historia diaria, continuaba el cronista. La novela y el teatro han abusado demasiado de esas Dalilas que sólo cortan el cabello y liman las uñas á los tontos. Las *busconas* cumplen su oficio. Tanto peor para el insecto que cae en la trampa del *formica leo*.»

El artículo continuaba así, vulgar á su vez como la historia referida; pero en la sección de *Noticias de teatros*, Elena encontró algunas líneas en las que el público hallaría alguna luz sobre la significación de aquel montón de palabras inútiles.

«Entre la gente de bastidores se dice que uno de nuestros actores más distinguidos acaba de ser trasladado á Passy. Temeríamos pecar de indiscretos extendiéndonos más sobre este particular.»

Y á continuación, en el suelto inmediato, decía:

« Mr. Saint-Ives se ha visto obligado por motivos de salud á dejar el papel que desempeñaba en la obra de Mr. Guerard. Se teme que Mr. Saint-Ives tenga que continuar para siempre alejado del teatro.»

Luego, como si sobre aquel vivo cayese ya la tierra de la tumba, ponían la biografía de Saint-Ives. Se daba á conocer su verdadero nombre: Carlos de Fresnes; se relataba la lista completa de los papeles que había representado; Don Juan, Hamlet, Lovelace, Desgrieux..... Y los elogios

que le prodigaban, le parecían á Elena lúgubres como un discurso fúnebre.

No vaciló ya, y puesto que Saint-Ives la llamaba, ella quería ir á verle; se metió en un coche y dió la dirección del manicomio de Passy. Se fué sola sin saber si la dejarían llegar hasta donde estuviese Saint-Ives, y en el camino recordaba con qué alegría le había oído murmurar su primera galantería; con qué emoción contemplaba su retrato que tenía sobre la chimenea, sus conversaciones en pleno silencio, aquella declaración amorosa, la noche del ensayo, tan llena de esperanzas, y aquella repentina aparición, aquella horrible visión en el proscenio..... Y poco á poco todo aquello se le figuraba un sueño, pero un sueño desagradable. Iba á encontrarle tal cual era en otro tiempo, sin la terrible enfermedad que le había acometido, sonriente, cariñoso, con su voz vibrante, que jamás diría á nadie más que á ella lo que él tan bien sabía decir.

Entonces Elena, en una extraña alucinación, al borde de la locura, se veía del brazo de Saint-Ives llevando su nombre, y yendo con él al teatro, vestida de color rosa, todo rosa, rejuvenecida, feliz, ¡ah! feliz.....

Paró el coche. El cochero abrió la puerta. Estaban en el manicomio. Elena entró pálida como un cadáver y preguntó si podía hablar al director, á un médico, á cualquiera. Hizo pasar su tarjeta, un portero la llevó al médico jefe, al cual explicó, sintiendo que las lágrimas se agolpaban á sus ojos, el objeto de su visita.

—¿Ver á Saint-Ives?—replicó el doctor.—Si

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

podeis. Ahora está paseando. Sí, en efecto, pregunta por vos muchas veces, señorita, y vuestra presencia, si llega á conoceros, le calmará algo quizá. Pero dudo que os reconozca.....

—¡Ah!—dijo Elena.

Tímidamente preguntó:

—¿Es..... peligroso?

—Tiene el delirio de la persecución. Manía tenaz.

Elena bajó la cabeza. El médico mismo la llevó hacia una pequeña terraza, desde la que los enfermos, paseando por los jardincitos, teniendo ante su vista el Sena, el Campo de Marte, la acumulación prodigiosa de casas, el círculo inmenso de colinas, abarcaban de un vistazo todo París. Allí apercibió la joven un hombre flaco, sin barba, con la cabeza rapada, vestido con una especie de hopalanda gris, y que dirigía su vista á la populosa ciudad, sobre la que caían los rayos de un sol pálido.

—¿Quién es ése?—dijo Elena.

—Es él.

No le había reconocido. No le reconocía todavía. Aquellos lábios sin bigote, aquel cráneo rapado, toda aquella cabeza redondeada y como de cadáver la asustaban. Él se volvió hacia ella lentamente, y entonces, en su vaga mirada, en la fijeza de sus ojos, encontró, sin embargo, algo de lo que había sido en otro tiempo aquel hombre que cautivaba á la multitud y que entonces, con la frente encogida, la mirada lacia, se arrastraba por aquel jardín como un viejo incurable.

—Salud, señor Saint-Ives—dijo el doctor;—os

traigo una visita..... una amiga..... Mirad bien..... ¿No la reconocéis?

Él se levantó, saludando á Elena con una dignidad todavía de buen tono y queriendo reir, contrayendo su labios, que la falta de la barba hacía parecer azulados.

—No—dijo,—no..... no conozco..... ¡Dispensad, señora! ¡Pero hé visto tanta gente, he visto tanta!

—La señorita Gervais—dijo el médico,—¡Elena Gervais!

Ella oyó un grito, un relámpago, un recuerdo.

—¡Ah! Elena Gervais..... Sí, sí—replicó Saint-Ives..... Me acuerdo..... Bonita mujer..... Honrada mujer..... ¡Ha muerto!

Elena, lívida, oía todo esto con angustia creciente, apretando los dientes para no dejar escapar los sollozos. Él continuaba mirándola con aire indiferente, con su sonrisa penosa, cuando un silbido lejano atravesó los aires é hizo temblar, y luego saltar, al desgraciado, que echó á correr hacia adelante, clavando la mirada llena de amenaza en el Sena por donde pasaba, con el ruido natural un vaporcito de los que van á Bellevue.

—¿Sabéis qué es eso?—dijo entonces el loco con siniestra expresión.—¿Creéis que es un barco? ¡Oh, sí, buen barco! ¡Es alguno que Clotilde Verrier manda aquí para silbarme; sí, á mí, á Saint-Ives, me ha hecho silbar! Ella me ha hecho silbar porque la he dejado, ¡miserable! y porque Marchenoir..... ya sabéis..... Marchenoir..... Marchenoir, el de la Porte-Saint-Martín..... Marchenoir, su nuevo amante, está celoso de mí. Y todo el día silban, silban, silban esos miserables. ¡Me

han hecho silbar! ¡Se me silba! ¡Abajo las maquinaciones! ¡A la calle los silbantes! ¡A la calle, á la calle!—¿Quien está ahí?—dijo saltando hacia Elena.—¿Una mujer? ¿Es la señorita Verrier quien te envía? Tú vienes también á silbarme, infame? ¡A la calle, á la calle!

—¡Sacadme, sacadme de aquí! ¡Tengo miedo!—dijo Elena apretándose contra el doctor.

Pero el médico, dulcemente, calmando al enfermo:

—Vamos, señor Saint-Ives,—le decía,—¿es que vos sois de aquellos á quienes se silba, vos, un hombre de vuestro talento? Esos son barcos, os lo juro. Ya sabéis que hay un servicio de vapores por el Sena.

Y el loco, persiguiendo su idea fija, movía la cabeza y se alejaba murmurando:—«¡Vos no la conocéis! ¡No sabéis de lo que ella es capaz!»—Y volvió á sentarse inmóvil, fija la vista en París, de donde salían por distintos puntos las columnas de humo que indicaban la vida de aquel pueblo.

Elena salió de aquella mansión de la desgracia como si saliese del infierno. Era presa de un temblor nervioso. Cuando la puerta exterior se cerró tras ella creyó haber oído caer sobre Saint-Ives muerto la piedra del sepulcro.

¡Ah, ahora más que nunca quería partir, desaparecer! Aquel París la causaba horror. No podría ya ver de lejos, sin temblar, las alturas de Passy. A cada esquina temía ver aparecer, rapado y siniestro, el terrible espectro de Saint-Ives. Corrió á casa de Kriegelstein, firmó todo lo que éste quiso, aceptando las condiciones impuestas, aquellas

cláusulas feroces, según las cuales los sueldos se retenían en caso de enfermedad, *aunque ésta fuese sólo de un día*, ansiosa de huir, de hallar quizá una especie de paz en alguna soledad.

Kriegelstein la envió á Italia en una compañía ambulante, en la que había figurado la Desclée.

—Vos quizá no volveréis como ella—dijo el agente sonriendo con amabilidad.

—Yo no pretendo volver—respondió Elena.

Una vez que hubo firmado el contrato y que la suerte estaba trazada, la joven creyó que estaba más tranquila. Sólo le quedaban diez ó doce días de permanencia en París. Debía partir á fin de Septiembre. Tenía sed de espacio, de movimiento, de olvido. Subía hacia el pasaje Cofin, cuando al llegar á la calle Dronot, llamó su atención en un cartel el nombre de la *señorita Eshter L....., artista dramática*. Se trataba de una venta pública de alhajas, de vestidos y de objetos de arte en el Hotel de los tasadores. Los muebles con escudos é iniciales eran objeto de la curiosidad de los visitantes. ¿Esther L.....? Era *Esther Levy*, sin duda. Y sin darse cuenta, Elena entró en el local.

La multitud se agolpaba en aquella inmensa sala, ávida de ver y tocar, atraída su curiosidad glotona é indiscreta por el atractivo que ofrece *una venta de actriz*. Parece que el misterio de aquellas existencias de lujo va á ponerse á la vista de todos, que van á penetrar en la intimidad—prohibida para los pobres—de una de esas mujeres en quienes París fija sus ojos ávidos. Cada mueble dejará ver el secreto que encierra. La alcoba desmontada permitirá adivinar lo que abri-

ga. Y el público andaba por allí de un lado á otro, ávido, empujándose, parándose ante los collares, los brazaletes, los trajes, la plata, los pequeños bronces.....

¿Cómo, todo aquello había pertenecido ó pertenecía á la pequeña Levy?

Elena lo contemplaba todo sin disgusto ni envidia, más bien sorprendida y comparando con sonrisa tranquila su existencia con la de Esther.

Cuando bajaba, se encontró precisamente con aquella muchacha, alegre como siempre, gordita, fresca, amable, que subía ágilmente á su berlina. Al mismo tiempo, Esther, que había apercibido á Elena, alargó la mano por la portezuela, tendiéndola á su compañera de otra época.

—Y bien—le dijo—¿habeis visto..... allá arriba? ¡Cuánta gente, eh!

Y se echó á reir.

—Bien se ve que no trabajo.

—Es mi primera venta—insistió ella.—La hago por exponerme. Esto pone de relieve..... Si después de ésta me sale otra bien, lo dejo todo y me voy, no se á dónde, á sembrar coles y criar pollos. ¿Creeis que me río? Palabra de honor. Vos no sabeis nada de esto porque no queréis. ¡Ah! ¡y hacéis bien! ¡Si supiérais qué caro cuesta todo esto!

Rápidamente se ocultó en su carruaje, porque ya empezaba á llamar la atención y la gente se agolpaba.

—¡Adios, Elena! Hasta la vista. ¿Estáis enferma? Os encuentro desmejorada. ¡Vaya, hasta que nos veamos! ¡Buena suerte! ¡A casa, Juan!

El cochero arreó á los caballos. Elena continuó

al pasaje Cofin. Su pobre cuarto de costurera le parecía muy agradable. Y sin embargo, no esperaba dejar en él ningún recuerdo alegre. Cuantas esperanzas nacieron en él, naufragaron como plantas marchitas prematuramente. A medida que se acercaba el ansiado momento de partir, el corazón de Elena se apretaba. Todos los días, veía á Enrique. Le había referido, con elocuente impresión de espanto, su visita á Passy. Le confesaba, con el cariño de hermano, todos sus secretos sufrimientos, pero le ocultaba, como á todos, la resolución que había tomado: su contrato para Italia, aquella desaparición parecida á la huída. Quería librarse de la desesperación novelesca, de las súplicas, de los obstáculos. Todo lo sabrían cuando se hubiese ausentado. Escribiría. Hasta aquel momento no diría nada, habiendo exigido á Kriegelstein que no publicase el contrato. Internándose en lo desconocido, sentía así como algo parecido á la voluptuosidad que experimentan los suicidas arrojándose de noche al agua, que los rodea y ahoga sin ruido. Anhelaba, pues, aquella sumersión moral que la imponía el destino. A su imaginación acudían reflexiones sobre la trágica bastarda, sobre aquella Erifiles, ofreciéndose como víctima expiatoria, y como ésta, quería desaparecer. Este era el lado novelesco de los pensamientos de aquella pobre joven, que, sin embargo, sólo había tenido la más sencilla de todas las aspiraciones; la de toda mujer honrada: el hogar, la maternidad, el deber hasta en medio de aquella vida de bastidores, en la que, según opinan muchos, es imposible.

¡Sí, desaparecer! ¡Sí, partir! ¡Ah! ¿pero cuándo

llegaría aquél día?..... París, que todo se lo había arrebatado, le parecía una inmensa máquina que trituraba todos los esfuerzos y aplastaba á los vivientes. Y dejándolo, no pensaría ya en los desquites ruidosos, en la vuelta á casa victoriosa, en las mañanas llenos de triunfo. Aquellos triunfos le parecían hechos para las Clotildes Verrier, para aquella actriz cuyo nombre, cada día más ponderado, crecía y se imponía con el escándalo y la seducción de una fama á la que todo contribuía; su tipo raro de mujer, su encanto mórbido, su talento audaz, la resistencia de aquella naturaleza árabe gastada en vida con la avidez de una tísica; todo, hasta la historia misma de Saint-Ives, que era la leyenda de entre bastidores.

—¡Estas son las que llegan!—decía Elena.

Y se comparaba ella, pobre y tímida joven, extraña en aquel mundo del cual poseía el ardor artístico sin tener el charlatanismo con sus rivales victoriosas. Ella no tenía ni la falta de conciencia de la pequeña Levy, ni la aspereza de Clotilde. Clotilde Verrier la había juzgado con una frase: «Elena Gervais es una costurera.»

Además de esto, Elena se sentía enferma. Toda aquella agitación, sus pruebas, sus decepciones y sus tristezas la habían quebrantado. No se cuidaba nada. ¿Para qué? Si por casualidad venía la muerte, tanto mejor. Siendo como era inútil, moriría sin proferir una queja. En la completa postración, en el desfallecimiento que la dominaba, no tenía ni un solo deseo. Una profunda inapetencia se apoderó de ella. Recordaba que la mamá Gervais se había puesto así en los últimos meses de

su vida. Podía sospecharse que una lenta enfermedad anidaba en aquel cuerpo consumido por la insistencia de tristes pensamientos. No pidió á Enrique otra gracia más que que la permitiera ir á ver á su madre.

—¿Verla?—le dijo Enrique—la abrazaréis y os llamará su hija. Quiero contárselo todo.

—¡No—repuso Elena,—yo quiero sencillamete verla..... una vez!

La fecha de su marcha estaba próxima. Llevar consigo, como el recuerdo de una visión, la imagen de la que era su madre, era todo lo que Elena pedía. Quería ver aquella viva adoración, que para ella encarnaba el afecto que había guardado á la pobre mujer cuyo apellido conservaba. Y cuando ella estuviese allá en el alejamiento de su voluntario destierro, se acordaría de aquella señora Roquevert, á quien no quería turbar en su paz y cuyo recuerdo veneraría. De aquella manera (no era muy ambiciosa), de todo lo que había constituído la vida de la joven, esto sería cuanto Elena conservara. ¡Fantasmas!

Todos los dias, Genoveva salía de su casa á misa de ocho, despacio, con paso silencioso y se iba á la iglesia de Saint-Clement, vestida de riguroso luto, que hacía resaltar su cara de cera y sus enrojecidos ojos. Subía con paso firme la escalinata de la nueva iglesia, empujaba la mampara, entraba en la fría nave y se iba directa al sitio de costumbre, un oscuro rincón tras de uno de los pilares. Allí, como si desapareciera su cuerpo entre los pliegues de sus sombríos vestidos, permanecía abismada con la frente entre sus huesudas manos,

en la postura abatida de la penitente celebrada por su piedad.....

Empezaba la misa, las campanillas tocaban el *Sanctus* y á la *Elevación*, los fieles se levantaban, se arrodillaban, se inclinaban, el sacerdote se volvía hacia el altar para coger el cáliz ó al público para bendecir. Genoveva no se movía; seguía en su actitud como sorda y petrificada en su dolor, impasible y ocultando con aquella inmovilidad el terror más ardiente y las más crueles angustias.

Luego, levantándose siempre con calma, dejando caer su vestido á lo largo del flaco cuerpo, se inclinaba ante el altar donde relucía el oro, se santiguaba y humedeciendo sus dedos en el agua bendita que contenía la pililla de mármol, desapacía por la puertecita que traspasaba todos los días.

Enrique condujo á Elena á la iglesia de Saint-Clement, y á la vez que el corazón de la joven latía impetuoso bajo aquel negro vestido del que tampoco ella se desprendía ya, él le señaló aquella mujer encorvada, cuyas formas se ocultaban bajo los pliegues de su chal, diciéndola con voz temblorosa:

—¡Esa es!

Luego, oculto detrás de un pilar, para evitar ser visto por el abate Ronchart, que andaba por allí mientras oficiaba el cura, esperó el fin de aquella misa tan larga para su deseo. Elena observaba aquel fantasma negro, como aplastado contra el suelo. ¡Qué dolor en aquel siniestro recogimiento! ¡Pobre mujer, cuyo pecho le parecía ver levantado por los sollozos! ¡Y si Genoveva lloraba, era ella,

su nacimiento execrable, lo que hacía correr sus lágrimas! No, no quería que Enrique hablase. Deseaba que desapareciese con ella aquel secreto que la horrible muerte de Monerol había borrado.

Enrique observó con profundo sentimiento que la joven tosía mucho, con una tosecilla alarmante, en particular bajo la impresión del frío que se sentía en aquella iglesia nueva.

Terminada la misa, Genoveva se levantó. Hizo la reverencia delante del altar santiguándose á la vez, y automáticamente y con el paso lento de siempre se fué hacia la pila del agua bendita. La luz entraba de lleno por la puerta grande abierta, y Elena, temblorosa, con el corazón oprimido, tan pálida como Genoveva, la vió venir hacia ella y abarcó con una mirada ardiente, que parecía una caricia, á aquella anciana mujer cuya frente amarilla, párpados caídos y aspecto triste é insensible, hacían creer que salía de una tumba. Aquella aparición la llenó á la vez de terror y de piedad. Era el vivo sufrimiento, el dolor andando lo que venía. Se adelantó Elena muy despacio, tendiendo á la devota sus dedos mojados en el agua bendita, y Genoveva, tocando aquella mano sin observar que temblaba, dejó caer sobre aquella joven hermosa, delgada, de aspecto triste y bastante emocionada, una mirada indiferente, acompañándola fríamente de esta palabra, dicha en voz muy baja:

—¡Gracias!

Elena se estremeció al sentir en los suyos el contacto de los dedos de su madre, y retrocedió para verla desaparecer, siguiéndola con la mirada,